

Augusto d'Halmar

Tres amigos que se nos van



El seguido no hace mucho, con sorpresa, el desarrollo de una rosa en un florero; desde simple botón fué desplegándose y alcanzó un apogeo en que cada pétalo se destacaba en el conjunto; pero, de pronto uno cayó y, como obedeciendo a un mandato de madurez, la flor, que había lucido algunos días, se deshizo en breves momentos.

Así, seguramente, deben de ser la salud y la inteligencia de cada hombre.

Pero en esta estación otoñal en que estamos, asistimos a otro fenómeno: aunque encanecidos, los árboles de los parques conservan sus hojas y así, amarillas cual el oro, acaso sean tan bellas como cuando fueron verdes cual una esmeralda. Y no es necesario que ningún cierzo afile su segur, porque basta no sé qué invisible ráfaga, para que se queden desnudas las ramas y una seca hojarasca cubra la tierra resquebrajada por el calor del verano y humedecida por las primeras lluvias del invierno.

Así suelen ser los hombres. Durante una larga es-

tación llegaría a creerse que los ha olvidado la muerte. Y, de pronto, varios de ellos a la vez sucumben.

Este año había llegado abril sin que ninguna necrología ilustre enlutara la humanidad. Pero, súbitamente, unos tras otros, han desaparecido tres buenos artistas, como si hubiese soplado ese gélido hálito de los parques. Y los tres hombres han muerto alrededor de los setenta años, como si hubiesen alcanzado la edad de la flor de mi búcaro.

Si no fueran artistas, vendría tardía ya mi rememoración. Como lo eran, su muerte apenas si es un episodio de su obra, su actualidad de siempre. A los tres los he conocido y posiblemente los habéis conocido muchos. Un argentino, un ruso, un sevillano.

Leopoldo Lugones seguía siendo el máximo poeta de América. Silenciados Darío, Nervo y Chocano, ¡quién sino él podía representar al continente! Y dominicalmente, desde las páginas de los grandes rotativos bonaerenses, oíamos su palabra, aunque muchos pensarán que ya no tenía nada que decir y hasta creyeran que se desdecía.

No había sido feliz en su existencia el cantor de «Las Montañas de Oro». Desertó la suerte de su hogar y el único hijo que lleva su nombre, acaso no contribuyera a darle brillo. ¿Qué tragedia ocultaba ese eterno adolescente que viene a ser un poeta, así sea setentón? ¿Qué mal lo minaba, aunque físicamente pareciera intacto? Ello es que en el feriado de una tarde de Sábado, trasladóse a los alrededores de la capital

y en un hotel cualquiera se quitó la vida, el que ya se había ido dando a la vida misma día a día, como saben darse los verdaderos creadores de belleza. Por muy industrializado que esté Buenos Aires; por mucho que ya no cotice sino las cosas modernas y prácticas, esa mañana de Domingo, cuando se difundió la nueva, juntamente con el artículo póstumo del suicida, yo creo Buenos Aires debe de haber sentido como un golpe en su pecho criollo. Porque con Lugones se iba una parte de su pasado y una gloria de su historia. La metrópoli del boato, la innovación y el arribismo, perdía, sí, su más auténtica joya.

Después fué el turno de aquel Chaliapin, cuyo nombre compitió otrora con el del Czar de Rusia y sirvió como término de comparación a los mayores cantantes de su época. Leyendo las memorias de Paleologue yo no comprendía que, en medio de las más árdidas preocupaciones políticas, el embajador, del Eliseo de San Petersburgo, pasara sin transición a describir una velada del Teatro Imperial de la Opera y a hablar de Fedor Chaliapin como lo había hecho antes de Tolstoi. Sólo cuando a mi vez pude verlo en París en el «Boris Godunof» y luego en «Ivan el terrible», llenando con su voz la sala construída por Garnier, dominando a cabeza desnuda y por su sola estatura la de todos los soldados con casco del coro, solamente viéndole y oyéndole pude explicarme que ese verdadero Czar hubiese podido apostrofar al otro, de potencia a potencia, para pedir desde el palco escénico, al palco

imperial, el indulto de no sé qué revolucionarios deportados a Siberia. Y diz que Nicolás II otorgó, pero que la policía requirió al cantante, al dejar el teatro y le amonestó por el desacato de lesa majestad que suponía su inusitada y desusada petición. Un actor no puede interrumpir la representación y trabajando ante el público, no debe dirigirse a nadie en particular. Infringir este tácito pacto es quebrantar una tregua y dar beligerancia a quienes, como los cómicos fueron considerados hasta entonces como neutrales.

Es cierto que Chaliapin, repetimos, debía sentirse el intérprete de la verdadera dinastía. Entre el desmembrado y retraído Romanoff, que atendió su ruego y ese Boris o ese Ivan que se lo dirigiera, nadie podía dudar acerca de quién encarnaba la imperial alma eslava, con todas sus contradicciones, vicisitudes y misticismos. El gesto de Chaliapin había tenido tal grandeza, había sido tan auténticamente soberano, que a Nicolás II no le cupo sino acatarlo. El monarca temporal refrendó lo que el espiritual había dictado. Y valga la anécdota.

Chaliapin no conoció ese enorme desencanto del cantante que pierde sus facultades, sencillamente porque las suyas no sólo residían en la voz, sino en todo su ser. Animar un personaje, como él, era casi crearlo. El Mefistófeles que había soñado Arrigo Boito, sólo Chaliapin pudo realizarlo, innovando en la rutina y el convencionalismo del teatro de todos los tiempos. ¿Quién, ni el propio compositor creyó dable que Luz-

bel pudiera exhibirse en toda su olímpica desnudez? Cubierto sólo con un manto de púrpura, aquel gigantesco efebo rehabilitaba el arcangélico símbolo. Y su grito «ecco il mondo» parecía estremecer y hacer rodar las esferas.

El vagabundo que recorrió con Gorki toda la miseria de una juventud, se ha desterrado a las estepas de la leyenda. Su gran voz ha enmudecido en el silencio inmenso y apenas si nos queda un eco de más en más disminuído por la olvidadiza memoria. Nadie que no le oyera podrá saber nunca hasta que punto fué único y cuan pequeño parecía junto a él cualquier mal llamado rey de la tierra.

Y venimos al tercero y más íntimo para mi de mis conmemorandos, aquel que nunca apareció solo en su fama compartida y que, por lo mismo, hace pensar, al irse, en la orfandad sin límites del que queda. Me refiero a Serafín Alvarez Quintero, quien figura en la literatura española contemporánea como uno de los hermanos Alvarez Quintero.

Esta páreja indisoluble y que tan sólo la muerte podía desunir, dotó, y es mucho decir, de un poco más de alegría a España y contribuyó a hacerla querer fuera, por simpática y por buena. Todo el repertorio de los hermanos Alvarez Quintero no es sino eso, donosura y hombría de bien. Desde el «Genio Alegre», hasta «Cristalina» pasando por «El Duque de El», por «La Mala Sombra» y por «La Venta de los Gatos». La regocijada inspiración de los saineteros anda-

luces resuma bondad. Sevilla les había consagrado desde antiguo una pintoresca calleja, que arrancando de la plaza del Salvador va a desembocar a la catedral y muestra en su breve recorrido la sucesión más típica de patios Sevillanos. Pero ellos mismos se erigieron monumento al consagrarle uno, en el Parque de María Luisa, al poeta también sevillano Gustavo Adolfo Bécquer. Y las chulapas que lo adornan como otras tantas musas, podían ser, en verdad, las tres gracias de los Alvarez Quintero: gracia a lo divino, gracia a lo humano y gracia de gracia o donaire o «auge» como lo llaman en Andalucía, o como quiera llamarse al don de encantar y borrar las penas y hacer nacer buenos pensamientos y mejores sentimientos.

[El pobre Serafín! El, tan español, por andaluz, tan madrileño, por español, quiso volver a ver antes de morir el Madrid de su adopción, deshecho por la guerra como toda su España y como él mismo, que acaso no haya muerto sino de la guerra, pues también se suele caer a retaguardia. Y ahora sabemos que Joaquín, el sobreviviente con ocho años más que el muerto, no tuvo valor para acompañarle hasta su última morada y se quedó solo [solo! en aquella de la calle Velásquez donde vivieron siempre y donde no logró penetrar otra mujer que su madre. ¿Creéis que este Joaquín, el último de los Alvarez Quintero, se avenga a firmar nunca solo ningún otro sainete? Ultimamente la página de la lápida que cubre a Serafín se ha quedado a me-

dio escribir y dentro de poco yo sé que habrá que llenar el blanco con el nombre del otro, de Joaquín.

Bajo esa loza, sobre la cual nunca han de faltar flores, reposarán los hermanos Alvares Quintero y acaso su epitafio debiera ser:

«Sonrieron y supieron hacer reír».

Pero ¡por Dios! que no haya que escribir en ella:

«Aquí yace la alegría de España».



Un poeta, un cantante, un comediógrafo; oro verde, rojo, oro amarillo, hemos querido trenzar en una sola guirnalda estas tres ramas otoñales dasgajadas casi a un tiempo y añadirles, no una pomposa rosa, sino una violeta que es, por su color y su aroma, como la abreviatura y la cifra del otoño.